

CLEOPATRA

Por RICARDO FERRARI

(E-3)



EL SENADOR

Dibujos de MULKO

Cayo Duilio Lúculo Mario Cúrculo, senador de Roma, llega a Egipto. Llega en una nave de guerra, rodeado de legionarios y secretarios y esclavos que él mismo eligió uno por uno. Viene a buscar a su amo. Desde la capital del mundo, desde Roma, lo envían a buscar a este Julio César que parece haberse detenido para siempre a orillas de este río barroso, infestado de cocodrilos.



(Pero en Roma lo necesitamos.)

(Y yo debo llevarlo de regreso. Como sea. Será mejor que me cuide. Ya hubo guerra civil aquí. César vino a detener una lucha entre egipcios, y terminó metido en ella, con sus legiones divididas y apoyando a una reina niña. Yo no cometeré esos errores.)

Tras él, su esclava está atenta del menor gesto del rostro cambiante. Ha aprendido a saber las órdenes antes de que se digan, y a veces las cumple antes de que el amo sepa que va a darlas. Silenciosa, leve, el pelo de oro disimulado dentro de un pañuelo oscuro, Frigia, la germana, no mira ni el río, ni los hipopótamos, ni las ibis. Sólo mira a su dueño. En la costa, los escudos de los legionarios relumbran como joyas de metal.

Va a su camarote. Como una sombra, o un fantasma, Frigia camina tras él.

(Tengo que averiguar qué lo retiene. Debo saber por qué no regresa...)



Cuando están en el recinto oscuro, sobrecargado de tapices y almohadones, la esclava mira el rostro de su amo. Y después, con una sonrisa entre dulce y amarga, se suelta el cabello.

Ah, como siempre, mi dulce Frigia se anticipa a mis deseos.

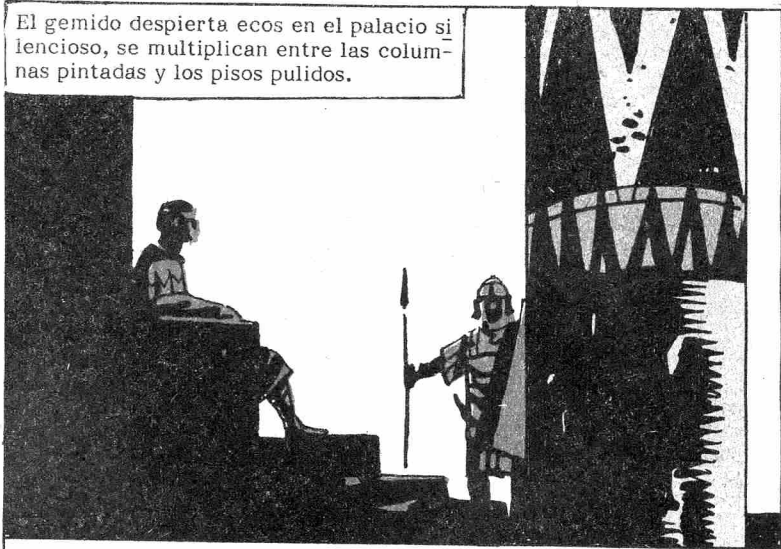


Y fugazmente, la esclava silenciosa de manos como pájaros tiene su amor.



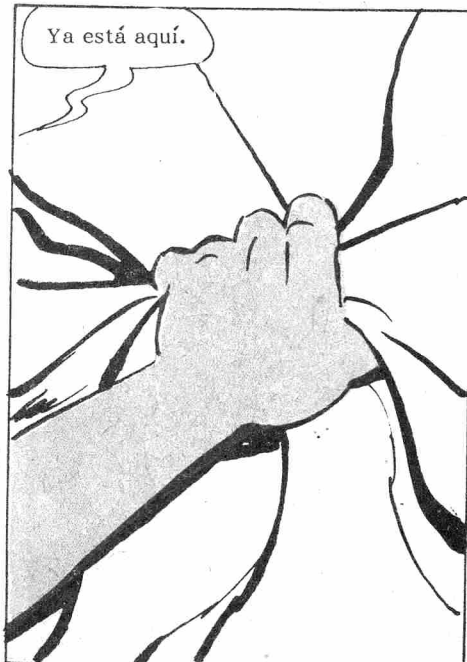
Ah...

El gemido despierta ecos en el palacio silencioso, se multiplican entre las columnas pintadas y los pisos pulidos.



...Ya casi...

El hombre en el trono oye esas palabras, que casi parecen susurradas por la penumbra y alza la cabeza.



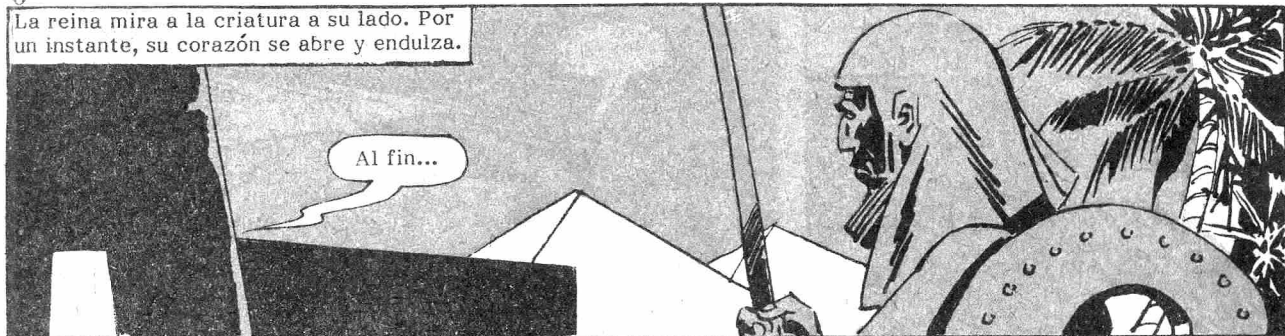
Ya está aquí.

Y de pronto un llanto, un llanto de niño aletea por el palacio silencioso, por sobre legionarios romanos y guardias egipcios. En el trono, César se estremece.



Ha nacido...

La reina mira a la criatura a su lado. Por un instante, su corazón se abre y endulza.



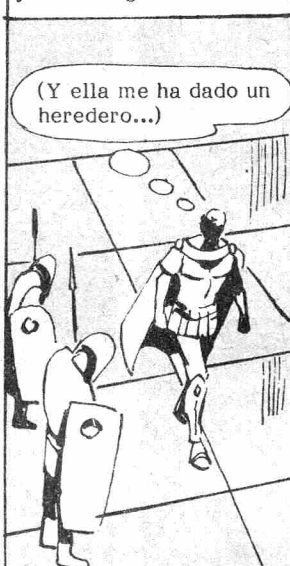
Pero es sólo un instante. En el espejo de bronce se ve, su cía de sangre y sudor, desmelenada, el rostro todavía contraído por el esfuerzo. Y recuerda.



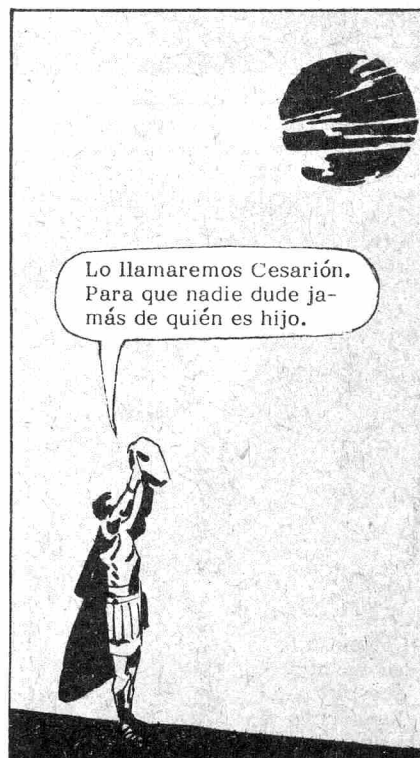
Y se vuelve a las esclavas que han aguardado, con sus toallas de hilo y sus jofainas de plata y sus cofrecitos de laca.



Julio César atraviesa el palacio a grandes zancadas. A su paso, sirvientes y nobles se inclinan. Es el conquistador, el amo del imperio más grande jamás imaginado.



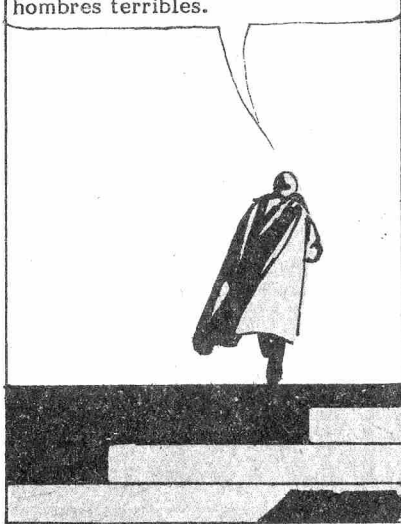
La belleza de la reina lo golpea como un viento fresco y perfumado. Ve los ojos, los ojos de deseo y la boca que le sonrían. Y después mira al hijo. Tras él, silenciosas, le ves, las esclavas se van con sus cofres de ungientos y sus pinceles de maquillaje.



Yo lo educaré. Le enseñaré a gobernar, y a guerrear, y a conducir el imperio más grande de la historia.



Le enseñaré cómo usar el cuchillo, y cómo escribir. Y cómo enamorar a mujeres hermosas, y vencer a hombres terribles.



Ah, sí... El mundo ya tiene a otro César...



En su lecho, Cleopatra se desvanece de cansancio. Sus médicos se acercan, y alcanzan a oír lo que dice cuando ya se marcha hacia sus sueños.

Es mío. Para siempre.



Pero no adivinan si habla de Cesarión, o de César.



(Así que esto es...)



La risa de César. ¿Cuántos la han oído? Reverbera por sobre el llanto del niño y los murmullos de los cortesanos.



(Cleopatra le ha dado un hijo. Mujer astuta... Es ella quien lo retiene aquí.)

Acércate. Mira a mi hijo...

Mi señor, me envía el senado.



¿El senado?

El senado. Desde Roma.



Y de pronto los ojos lo miran, y la sonrisa se congela.

¿Roma? Es verdad...Roma...¿Cómo está?

(Debo deshacerme de la reina.)

(Ella lo retiene aquí. Ella lo tiene bajo su control. Y además, le dio un hijo... Un hijo que reclamará el trono de Roma.)

Eh, senador.

No son las legiones que César trajo a Egipto. Son los mismos hombres, pero a la vez son otros. Huelen a vino, y en su piel aún late el perfume de mujer.

Oímos que vienes a buscar a nuestro César.

Y si él se va, nos llevará a nosotros..

Y nosotros no queremos ir. Aquí...aquí somos reyes. La misma reina nos manda mujeres de ensueño, y esclavos, y oro...

Así que César no volverá a Roma.

Y tú tampoco, claro.

¿Qué demonios...? Quítate, estúpida.

Y de pronto, los paseantes a su alrededor se mueven. Dos vendedores de
 jan caer sus túnicas. Los camelleros sacan arcos y flechas de sus cestos,
 y en los techos aparecen legionarios con sus venablos y sus pilum.





No se reconoce. Han peinado su cabello, y lo han adornado. Viste el lino más leve, y sus sandalias son de oro. Esta Frigia no se parece en nada a la esclava.



Y los ojos felinos centellean, y la sonrisa es como un filo en la oscuridad roja de su boca.

Y yo quiero que me hables de él...



El senador atraviesa las calles en la penumbra del ocaso. Lleva en los pliegues de su toga un cuchillo envenenado. Sólo puede confiar en sí mismo.

(Y debo hacerlo ahora... Antes de que sospeche.)



Nadie lo detiene. Atraviesa los pasillos ante la reverencia servil de los esclavos y la sonrisa obsecuente de los cortesanos. Es romano. Y Roma manda.



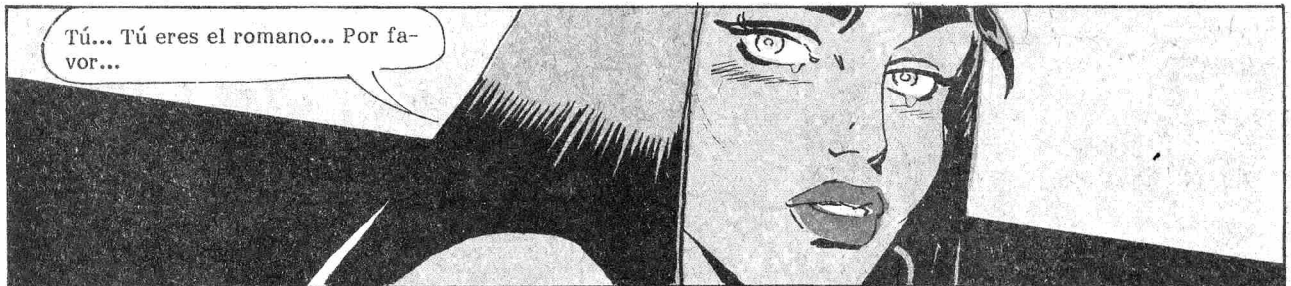
(¿Dónde está ella?)



Pero... Alguien llora...



(¿Cleopatra? ¿Cleopatra llora?)



Tú... Tú eres el romano... Por favor...



Mátame... Ten piedad de mí, y mátame...

El cuchillo le pesa en los pliegues de la toga. Fascinado, se sienta al borde del lecho blanco y mira a la mujer espléndida que llora ante él.

Mi señora... ¿Cómo pides eso? Eres la esposa de César...

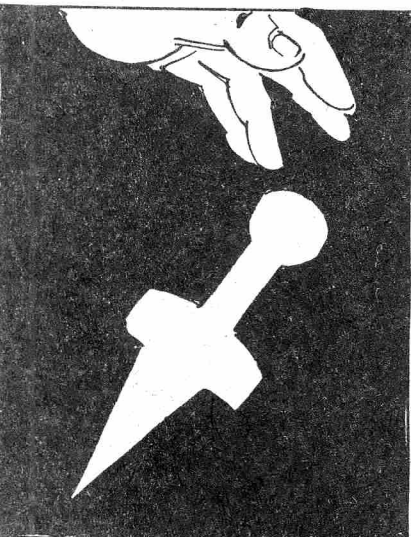
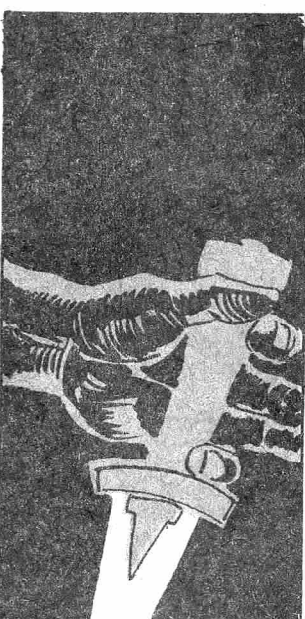
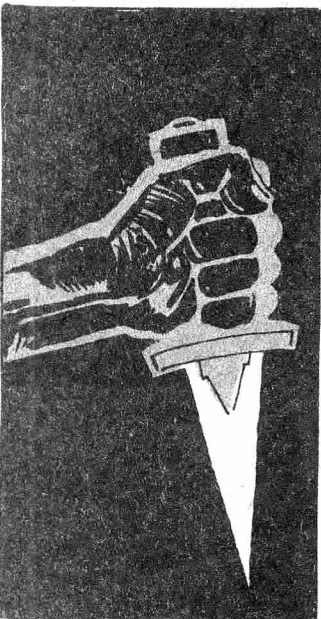
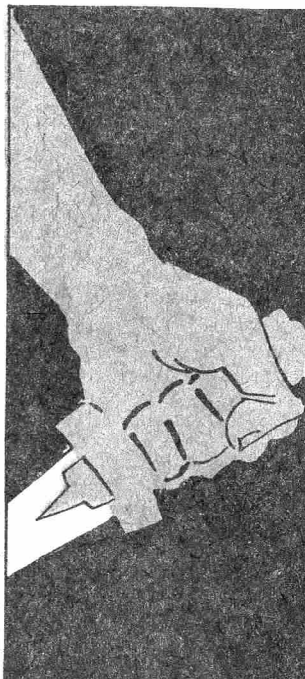


El rostro se transforma en una máscara de dolor, y una risa ahogada le estremece el cuello perfecto.

¿Esposa? ¡Ja, ja ! ¡Soy su esclava! ¡Menos que eso!



Él sólo quería un hijo que uniera en su sangre los dos tronos. Estuvo conmigo sólo una vez, hace nueve meses. Jamás volverá a hacerlo. Me mantendrá lejos de todo ser humano, hasta mandarme matar, o que yo misma me mate.





Ya está.

¡Ah!



¿Qué... Qué has hecho?

Te he destruido.

Intenta algo en mi contra, y diré que abusaste de mí. Y cuando César vea esas marcas en tu espalda, te hará pedazos.

Por los dioses...



Iré con César a Roma. Allí, ni siquiera trates de enfrentarme. O tu esposa sabrá todo. ¿Y qué será de ti, si la poderosa familia de esa mujer fea y sin gracia que tienes se entera de que me has...seducido?

¿Cómo... Cómo sabes eso? .



Adivina.



Ella me contó todo. Pobre mujer enamorada... Y será mi testigo.



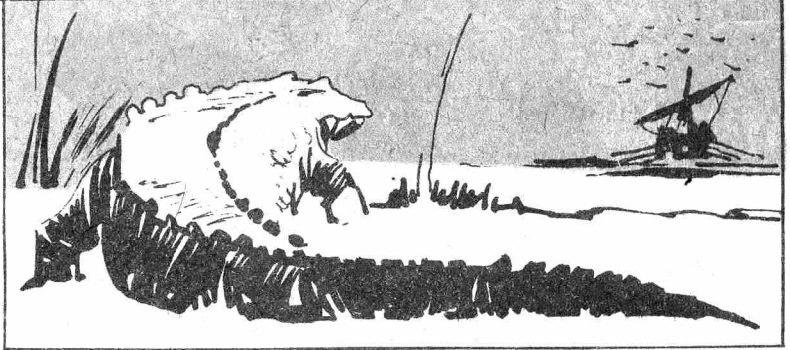
Esclava, este era tu amo.



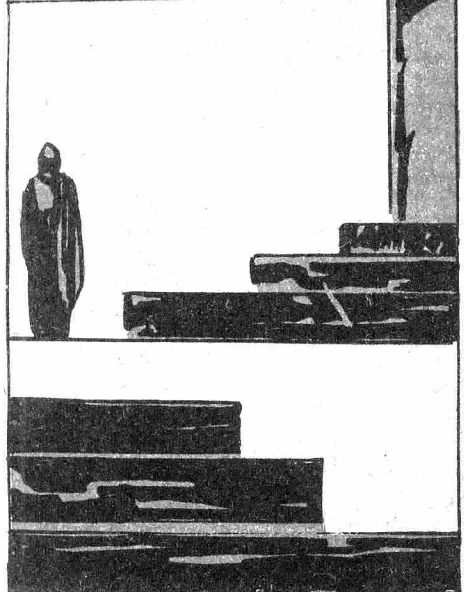
Los ojos. Los ojos felinos y la sonrisa terrible, y la belleza espléndida como una llamarada.

Esclavo, desde hoy esta es tu ama.

Esa misma noche Mario Cúrculo zarpó hacia Roma. Ante el senado, sólo dijo que había cumplido su misión, y que César regresaba. A su esposa, le habló de Egipto. Pero tardó semanas en quitarse la toga ante ella. Compró una pequeña villa, y destinó a Frigia para cuidarla. A veces la esclava le mandaba pequeños escritos y él acudía presuroso, y permanecía allí hasta que la esclava decidía dejarlo marchar.



Pero ese no fue el peor castigo por su tontería. El peor fue que, cuando deseaba recordar su momento de mayor pasión, su mayor éxtasis, su mayor felicidad, sólo podía recordar uno...



Un amanecer umbrío, junto a un río rumoroso, como una mujer llamada Cleopatra.

FIN